

# Ampliar los horizontes de la racionalidad.

## Laudatio del profesor Evandro Agazzi<sup>1</sup>

*Jesús Villagrasa, L.C.*

*Profesor ordinario de metafísica en la Facultad de Filosofía del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.*

**M**e siento profundamente honrado de proclamar la *Laudatio* del profesor Evandro Agazzi con ocasión de la concesión del Doctorado *Honoris causa* en Filosofía.

Después de haber escuchado sus méritos académicos, no es de extrañar que este gran filósofo haya recibido de la comunidad académica internacional, además de numerosos premios, varios doctorados *honoris causa*. Tras profunda reflexión, y como expresión de una decisión compartida y convencida del cuerpo docente, nuestra Facultad de Filosofía confiere su primer doctorado *honoris causa* a quien, por competencia y riqueza de ideas, ha demostrado ser un punto de referencia para nuestra comunidad.

En su calidad de institución pontificia de educación superior, nuestro ateneo quiere reconocer en la producción de este autor prolífico y profundo una contribución ejemplar a un proyecto “epocal” de los recientes pontífices, en particular del papa Benedicto XVI: “Ampliar los horizontes de la racionalidad”.

Antes de que se propusiera este proyecto, el profesor Evandro Agazzi ya había dedicado años de investigación y producción a esta empresa. Este es el mérito: poder ofrecer hoy a la comunidad académica caminos ampliamente recorridos ejercitando una racionalidad ampliada. Ampliar los horizontes de la razón requiere captar la distinción, pero también las conexiones y relaciones, entre la racionalidad científica, la racionalidad metafísica y la racionalidad de la fe. El título de su *Lectio doctoral de hoy* «Cielo y Tierra: de la física, a la metafísica, a la religión», nos orienta en esa dirección.

En esta breve *laudatio*, para comprender mejor el alcance de la empresa del profesor Agazzi, permítanme mencionar, en primer lugar, el proyec-

---

<sup>1</sup> *Laudatio* pronunciada el 18 de noviembre de 2019 con ocasión de la entrega del Doctorado *Honoris causa* en filosofía al profesor Evandro Agazzi, por el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

to ratzingeriano de ampliación de la razón y, a continuación, el itinerario agazziano.

## **I. Ampliación de la racionalidad**

En su discurso “no leído” a la Universidad La Sapienza de Roma (17 de enero de 2008), el papa Benedicto recordó que, en la universidad medieval, además de las Facultades de Medicina y Derecho, existían las de Filosofía y Teología, a las que se les encomendó una tarea que no pierde actualidad: «Ser guardianes de la sensibilidad por la verdad, no permitir que el hombre se aparte de la búsqueda de la verdad». Más adelante, con humildad y realismo, el papa Benedicto añade:

Pero, ¿cómo pueden dichas Facultades cumplir esa tarea? Esta pregunta exige un esfuerzo permanente y nunca se plantea ni se resuelve de manera definitiva. En este punto, pues, tampoco yo puedo dar propiamente una respuesta. Solo puedo hacer una invitación a mantenerse en camino con esta pregunta, en camino con los grandes que a lo largo de toda la historia han luchado y buscado, con sus respuestas y con su inquietud por la verdad, que remite continuamente más allá de cualquier respuesta particular.

Nuestra Facultad de Filosofía quiere reconocer en el profesor Agazzi un grande de nuestro tiempo, por el camino recorrido en la búsqueda perseverante de la verdad, ampliando los horizontes de la racionalidad científica.

En el mismo discurso, el papa Benedicto reconoce que en los tiempos modernos las ciencias naturales y las ciencias históricas y humanas han sido muy desarrolladas y valoradas. En este contexto, dice, «existe el peligro de que la filosofía, al no sentirse ya capaz de cumplir su verdadera tarea, degenera en positivismo; que la teología, con su mensaje dirigido a la razón, quede confinada a la esfera privada de un grupo más o menos grande». Como veremos, Agazzi se ha enfrentado explícitamente a estos peligros.

Ya en el año 2005, el Pontífice había invitado a «ampliar los horizontes de la racionalidad», en la Universidad Católica del Sagrado Corazón. En esa ocasión, señaló que la síntesis armónica entre fe y razón lograda por Tomás de Aquino y otros grandes del pensamiento cristiano era

contestada, lamentablemente, por importantes corrientes de la filosofía moderna. La consecuencia de esta contestación ha sido que, como criterio de racionalidad, se ha afirmado de modo cada vez más exclusivo el de la demostración mediante el experimento. Así, las cuestiones fundamentales del hombre –como vivir y morir– quedan excluidas del ámbito de la racionalidad, y se dejan a la esfera de la subjetividad. Como consecuencia,

al final desaparece la cuestión que dio origen a la universidad —la cuestión de la verdad y del bien—, siendo sustituida por la cuestión de la factibilidad. Por tanto, el gran desafío de las universidades católicas consiste en hacer ciencia en el horizonte de una racionalidad verdadera, diversa de la que hoy domina ampliamente, según una razón abierta a la cuestión de la verdad y a los grandes valores inscritos en el ser mismo y, por consiguiente, abierta a lo trascendente, a Dios (25 de noviembre de 2005).

En su famoso discurso en la Universidad de Ratisbona (12 de septiembre de 2006), Benedicto XVI hace una crítica a la razón moderna desde dentro de ella misma. No tiene la intención de proponer un retorno, a épocas anteriores a la Ilustración, porque lo que en el desarrollo moderno del espíritu es válido ha de ser reconocido sin reservas. Dice:

La intención no es retroceder o hacer una crítica negativa, sino ampliar nuestro concepto de razón y de su uso. Porque, a la vez que nos alegramos por las nuevas posibilidades abiertas a la humanidad, vemos también los peligros que surgen de estas posibilidades y debemos preguntarnos cómo podemos evitarlos. Solo lo lograremos si la razón y la fe se reencuentran de un modo nuevo, si superamos la limitación que la razón se impone a sí misma de reducirse a lo que se puede verificar con la experimentación, y le volvemos a abrir su horizonte en toda su amplitud [...] En el mundo occidental está muy difundida la opinión según la cual solo la razón positivista y las formas de la filosofía derivadas de ella son universales. Pero las culturas profundamente religiosas del mundo consideran que precisamente esta exclusión de lo divino de la universalidad de la razón constituye un ataque a sus convicciones más íntimas. [...] La valentía para abrirse a la amplitud de la razón, y no la negación de su grandeza, es el programa [...] En el diálogo de las culturas invitamos a nuestros interlocutores a este gran *logos*, a esta amplitud de la razón. Redescubrirla constantemente por nosotros mismos es la gran tarea de la universidad.

Por último, en el VI Simposio Europeo de Profesores Universitarios dijo que la propuesta de «ampliar los horizontes de la racionalidad»

debe entenderse como la petición de una *nueva apertura* a la realidad a la que está llamada la persona humana en su uni-totalidad, superando antiguos prejuicios y reduccionismos, para abrirse también así el camino a una verdadera comprensión de la modernidad. El deseo de una plenitud de humanidad no puede desatenderse; hacen falta propuestas adecuadas. La fe cristiana está llamada a afrontar esta urgencia histórica, implicando a todos los hombres de buena voluntad en esa empresa. El nuevo diálogo entre fe y razón, que se hace necesario hoy, no puede llevarse a cabo en los términos y modos como se realizó en el pasado. Si no quiere reducirse a un estéril

ejercicio intelectual, debe partir de la actual situación concreta del hombre, y desarrollar sobre ella una reflexión que recoja su verdad ontológico-metafísica. Queridos amigos, tenéis ante vosotros un camino muy arduo (7 de junio de 2008).

En este amplio horizonte, frente a este programa, en el contexto de este proyecto “epocal”, ¡cómo no alabar el “camino arduo” ya recorrido por el profesor Agazzi!

## **II. Aportaciones a la ampliación de la racionalidad del profesor Agazzi**

Centramos nuestra atención en su ejercicio de la razón abierta y ampliada, como hilo rojo de su carrera académica<sup>2</sup>.

Ser racional, según Agazzi, significa “dar razón” de lo que se afirma, fundamentarlo. Este sentido de racionalidad domina todo el camino de la ciencia y la filosofía occidentales. Agazzi afirma que un análisis riguroso de la actividad científica sienta las bases del discurso metafísico; y que la razón puede desarrollar una metafísica sólida, basada en criterios cognitivos similares a los de la ciencia, al mismo tiempo que se superan los límites que ella se impone.

*Conocimiento abstracto e histórico.* La reflexión de Agazzi sobre la ciencia se basa en la “objetividad” del objeto científico. Que las proposiciones científicas sean objetivas puede entenderse de dos maneras: en un sentido débil, como intersubjetividad; en sentido fuerte, expresa su referencia al objeto y a la realidad.

La intersubjetividad, según Agazzi, se basa en la disponibilidad de una serie de operaciones que permiten falsificar y verificar lo que en esa ciencia se considera un hecho.

La objetividad, en un sentido fuerte, se basa en un conjunto de propiedades de las cosas que el objeto estudiado por la ciencia extrae de la realidad, ignorando aquellas propiedades que no están entre sus predicados básicos. Agazzi descubre que la objetividad del conocimiento científico (la referencia a un objeto) y la intersubjetividad coinciden, porque los predicados básicos

---

<sup>2</sup> La “historia” de su libro *La objetividad científica y sus contextos* (Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México 2020), en italiano: *L'oggettività scientifica e i suoi contesti* (Bompiani, Milano 2018) traducción de *Scientific objectivity and its contexts* (Springer, Heidelberg 2014), puede servir de ejemplo: su redacción, iniciada en 1977, ha acompañado prácticamente toda su carrera académica, y resume, en su desarrollo, las etapas de esta ampliación de la razón científica.

de cada ciencia construyen el objeto y permiten su conocimiento intersubjetivo. El objeto de una ciencia no corresponde a una imagen exhaustiva de la naturaleza del mundo físico. El objeto está “recortado” de la realidad y es ese conjunto de propiedades que la ciencia trata de conocer de una realidad ignorando a todas las demás.

En su doctrina sobre la objetividad científica Agazzi enfatiza, además de la *abstracción*, la *historicidad* de los objetos científicos: cada ciencia considera ciertos aspectos de la realidad que, en una época histórica determinada, pueden ser pensados, concebidos y tratados con las herramientas disponibles. Por lo tanto, la ciencia tiene una historia de acumulación de verdad y de eliminación de errores, de la consecución de nuevos conocimientos y de la explotación de los ya conocidos. La transición de una teoría a otra no debe entenderse como un proceso de falsificación; puede deberse a un cambio en el universo de los objetos estudiados por la ciencia, o a un nuevo punto de vista objetivo que se impone a la comunidad científica como más interesante y fructífero que el anterior. La verdad de la nueva teoría no necesariamente distorsiona la precedente; ambas tienen su propio universo de objetos y es en relación con ese universo de objetos como la verdad de sus proposiciones debe juzgarse. Si la mecánica clásica ya no sirve para estudiar el mundo físico cuando se trata de pequeñas masas o velocidades cercanas a la luz, simplemente significa que una nueva teoría ha aclarado los límites del horizonte en el que se mueve. De todos modos, en relación con su propio universo de objetos, los objetos del mundo macroscópico, la física clásica puede seguir reclamando la verdad de sus proposiciones<sup>3</sup>.

Las características de la abstracción y la historicidad subrayadas por el profesor Agazzi no se oponen a la visión realista que tiene de la ciencia: esta no es una construcción convencional, sino que tiene como objetivo conocer el mundo (de la naturaleza, la sociedad, la historia, la estructura psíquica, etc.) y tiene éxito en esta empresa. La naturaleza realista de la ciencia no coincide con la infalibilidad, ni con la certeza absoluta de las conclusiones científicas. Como todo conocimiento humano, el conocimiento científico puede quedar constelado por errores que luego pueden ser eliminados.

La falibilidad de la ciencia no es un problema. El verdadero problema es el neopositivismo y el cientificismo: el neopositivismo como concepción filosófica reductiva de la ciencia, y el cientificismo como reducción de todos los conocimientos válidos a esta concepción reducida de la ciencia.

<sup>3</sup> La verdad no es lo que se sabe, sino una cualidad de conocimiento: no es algo que uno busca conocer, sino una relación de adecuación entre el juicio y la realidad. La verdad de las proposiciones de la ciencia está relacionada con el objeto al que se refieren estas proposiciones.

*Neopositivismo.* La filosofía de la ciencia que ha prevalecido en las últimas décadas es el neopositivismo, inspirado en el Círculo de Viena, y que es programáticamente antimetafísico. Las armas utilizadas por los neopositivos para la lucha antimetafísica –ha dicho Agazzi– pueden distinguirse útilmente en dos principios y en un método (ambos simplemente “presupuestos” sin ningún tipo de fundamento). Los principios son el empirismo radical y el debilitamiento del intelecto; el método es el del análisis del lenguaje<sup>4</sup>.

Los neopositivistas estaban dispuestos a admitir que la ciencia conoce la realidad, pero solo al nivel de las observaciones. Se consideró que todos los conceptos teóricos y construcciones carecían de referencia real. Los discursos de la metafísica, cuando no sean simplemente el resultado de errores lógicos, siguen siendo ‘sin sentido’ y, como tales, ni siquiera vale la pena empeñarse en refutarlos (cf. MR, 109).

Ahora, las condiciones previas del neopositivismo no se sostienen. La ciencia misma está llena de conceptos y declaraciones que no son empíricamente verificables en forma directa; son irreducibles a los conceptos observacionales: en otras palabras, no son el registro puro de las percepciones sensoriales. La ciencia, como dice el profesor Agazzi, camina sobre dos pies: lo *empírico* (datos verificados o falsificados por operaciones) y lo *logos* (la explicación teórica de dichos datos).

Además, la misma delimitación del *campo específico de investigación* de cada disciplina científica requiere un acto de abstracción. Las diferentes ciencias empíricas no son capaces de abrazar cualquier cosa que esté presente en la experiencia. Cada una tiene su propio campo.

Al final, el empirismo radical debe negar la existencia de los entes inobservables tratados por las ciencias más avanzadas (por ejemplo, las partículas elementales). Esto no parece sostenible, porque tal existencia es afirmable si se reconoce al intelecto un uso sintético en el siguiente sentido: en la medida en que estos entes resultan ser la *razón de ser* de los fenómenos empíricamente observables, no se puede negar su existencia sin negar también la de los fenómenos observados (cf. MR, 116). Agazzi recupera de este modo el realismo de la ciencia y la metafísica al devolver a la ciencia la capacidad de hacer declaraciones verdaderas, incluso en objetos que no son observables.

La pretensión de eliminar la metafísica en nombre de un obsequio a la ciencia no se sostiene, porque contra una metafísica del ser, que tiene en la experiencia su punto de partida inmediato, no puede poner objeciones me-

<sup>4</sup> Cf. E. AGAZZI, «Metafísica e razionalità scientifico-tecnologica», in AA.VV., *Corpo e anima. Necessità della metafísica (Annuario Filosofico 2000)*, Mondadori, Milano 2000, 107. Esta obra será citada como MR.

todológicas en nombre de la racionalidad científica. Al igual que en la ciencia, en la metafísica se da necesariamente una mediación de la experiencia, obrada por el *logos*. Si no se admite el uso sintético de la razón, la misma ciencia se vacía de sus insumos cognitivos más avanzados, ya que, por ahora, toda ciencia avanzada se ocupa de entidades no accesibles a la observación sensorial pura (cf. MR, 117).

La ciencia y la metafísica se distinguen, según Agazzi, porque tienen diferentes intenciones cognitivas: la metafísica es sobre la totalidad, sobre el ser en general; la ciencia se limita al mundo de la experiencia. La compleja historia de la relación entre la ciencia y la metafísica nace de la tentación del reduccionismo científico y de la tendencia de la ciencia a ocupar todo el horizonte del conocimiento.

Para considerar las posibilidades de la metafísica, es mejor distinguir dos significados relacionados:

En un primer sentido —como el conocimiento de la realidad como tal y sus características más universales— Agazzi muestra que el conocimiento científico particular requiere un marco universal; y también advierte del error de pretender encontrar en la misma ciencia sustitutos fáciles de la reflexión metafísica.

En el segundo sentido —la metafísica como conocimiento de lo que trasciende la experiencia sensible—, Agazzi reafirma el uso sintético de la razón que está en la base de la construcción científica y de la construcción metafísica.

Los dos sentidos están conectados: la metafísica —dice Agazzi— no se propone investigar solo ciertos atributos particulares de la realidad, sino que aspira a captar las características fundamentales del todo, sin adjetivos ni limitaciones, es decir, características que se aplican a cada ser. Todo esto no se puede delimitar *a priori*, por ejemplo, hacerlo coincidir con el todo de la experiencia. Que el conjunto coincida con toda la experiencia podrá ser eventualmente el *resultado* de una investigación rigurosa, es decir, un teorema y no un postulado, pero un teorema obtenido desde el punto de vista del todo, es decir, un teorema *metafísico* (cf. MR, 117). La investigación metafísica lleva a la afirmación de que el todo contiene realmente una parte de lo real de naturaleza no sensible y, en este sentido, inmaterial.

*El cientificismo* fue el heredero del neopositivismo, en su cerrazón a la metafísica.

Juan Pablo II, en la encíclica *Fides et ratio*, afirma que el positivismo, muerto por la crítica interna de la filosofía de la ciencia, renace en el cientificismo, según el cual «la noción de ser es marginada para dar lugar a lo puro

y simplemente fáctico. La ciencia se prepara a dominar todos los aspectos de la existencia humana a través del progreso tecnológico» (*Fides et ratio*, 88).

La teoría de la objetividad científica de Agazzi incluye una crítica de la ciencia, porque muestra que el conocimiento científico, aunque auténtico, es limitado: todo discurso científico es cierto sobre sus objetos y, por lo tanto, es arbitrario pretender que hable del todo: hay dimensiones de la realidad que escapan a una ciencia particular, porque caen en el campo de otra; y también hay dimensiones de la realidad que conciernen al todo y trascienden el mundo empírico; y estas pertenecen a la metafísica.

La metafísica, desde sus albores, ha reconocido “algo” que trasciende a la experiencia. Si la metafísica tiene éxito en esta tarea, abre el espacio conceptual para la religión. La razón metafísica no se coloca solo ante la razón científica, sino también ante la religión y la fe cristiana.

En este punto nos hacemos dos preguntas relacionadas con la metafísica. La *primera* sobre su posibilidad y se refiere a la ciencia. Si admitimos que la actividad científica es el *princeps analogatum* del conocimiento racional, y si la metafísica aspira a presentarse como ciencia, entonces tiene que “vérselas” con ella.

La segunda, sobre su necesidad, y se refiere a la fe o, en un sentido más amplio, a la religión. En este caso, el problema perenne de la filosofía cristiana, que consiste en ordenar las relaciones entre la razón y la fe, parece mediado por la realidad de la ciencia<sup>5</sup>.

En respuesta a la primera pregunta, Agazzi muestra que la negación de la metafísica no es una exigencia necesaria del discurso científico; es más, que la posibilidad de hacer una metafísica que vaya más allá del ámbito puramente empírico se basa en criterios cognitivos similares a los que utiliza la ciencia: empirismo y lógica. La trascendencia no está cerrada a la racionalidad. Para Agazzi, la apertura de la trascendencia se alcanza no por la impotencia de la razón, sino por su poder. Un poder limitado pero real. Si la ciencia no se limita a la experiencia, se abre el espacio conceptual de la metafísica; y en este espacio la religión puede parecer como racionalmente inteligible.

En respuesta a la segunda pregunta, Agazzi muestra que la religión, y en particular la fe cristiana, no hace que la construcción metafísica sea super-

<sup>5</sup> «La fe y la razón (*Fides et ratio*) son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad» (JUAN PABLO II, *Fides et ratio*, 1). Agazzi es ejemplar en el reconocimiento de los legítimos derechos de la razón y de la trascendencia de la fe.

flua; es más, en cierto modo, la requiere, porque la metafísica es el medio racional para abrir conceptualmente la trascendencia.

Las religiones han tratado de dar una imagen (generalmente a través de una cierta revelación) de esta trascendencia que el hombre busca alcanzar. Esta investigación es tan connatural para el hombre que no hay cultura en el mundo que carezca de religión. Si la civilización occidental contemporánea está perdiendo esta dimensión, es porque ha permitido que la domine el cientificismo: es decir, ha entregado a la ciencia y a la tecnología la capacidad de resolver todos los problemas humanos, incluidos los del significado y el valor de la vida. Pero, evidentemente, esto no es suficiente.

Aun siendo capaz de trascendencia, la racionalidad metafísica no es capaz por sí sola de alcanzar el horizonte de la salvación. Es precisamente en esta impotencia cuando se descubre la relación fructífera entre la razón y la fe en el pensamiento filosófico. La metafísica constituye, en palabras de Agazzi, la coronación de los esfuerzos de la razón y, al mismo tiempo, el “alimento intelectual de la fe”. Un acto de fe, sin el ejercicio de la racionalidad, no es completamente humano. Si todo lo que concierne a la racionalidad y al conocimiento se entregan a la ciencia, la fe que queda es irracional, individualista y subjetiva: emocionalismo puro.

La articulación del conocimiento racional y del conocimiento proporcionado por la fe es un problema perenne que recorre la historia de la filosofía cristiana. El problema se ha resuelto de diversos modos: en primer lugar, paradigmáticamente representado por santo Tomás de Aquino y la tradición del pensamiento católico, gracias a la razón y su capacidad sintética, como dirá Agazzi; en segundo lugar, ilustrado por Kant y más cerca de la tradición del pensamiento protestante, enfatizando los límites y la impotencia de la razón. El primero, llevado al extremo, puede ser acusado de racionalismo, que termina haciendo inútil la fe. El segundo, de fideísmo que, desconfiando de la razón, se aferra solo a las certezas de la fe.

En conclusión, frente a una cultura positivista, a una profunda fragmentación del conocimiento en las universidades, al cientificismo que limita *a priori* la búsqueda de la verdad, Ratzinger propone la necesidad de una visión amplia y abierta de la razón y de su ejercicio en la búsqueda de la verdad, para dar respuesta a las preguntas fundamentales del hombre y de su destino. Se busca un conocimiento completo, no tanto por la cantidad de conocimiento, sino por la plenitud y profundidad de lo que se conoce. De esta manera, quedan aseguradas a cada ciencia la autonomía y la autoridad que le corresponde en el campo de investigación; y la apertura de estas al sentido último, que también da sentido y unidad a la especificidad de cada ciencia.

Reconocemos al profesor Agazzi el mérito de haber recorrido este camino en la búsqueda de la verdad, mostrando cómo se amplía el concepto y el uso de la razón para entender aspectos que van más allá de la pura realidad empírica, y de haber obtenido una síntesis armoniosa del conocimiento, que integra la teología y la filosofía.

Como comunidad académica, le expresamos nuestro sincero agradecimiento.